

TEORIAS SOCIALES E IDEOLOGIA EN *ANADEL*

José Alcántara Almánzar



EMBARCARSE en el análisis sociológico de una obra que, como *Anadel*, (1) de Julio Vega Batlle (1899-1973), (2) recibiera el galardón otorgado a la mejor novela del año 1976, es tarea delicada que exige de quien la realiza un cuidadoso examen del texto. Esto así porque el libro en cuestión no sólo se aparta del realismo-naturalismo de la novelística tradicional dominicana, sino porque es posible hallar en él, a lo menos, dos caminos claramente disímiles, que se prestan mutuos servicios a pesar de su paralelismo. En el primero de ellos —que podríamos considerar el soporte básico de la obra— se alternan la revisión minuciosa y erudita de la cultura occidental con la sorprendente descripción de la historia de la gastrosofía, término que el autor distingue de otro semejante —gastronomía— pero al que asigna una significación diferente. (3) En el segundo camino, reflejo inconsciente de la producción literaria del escritor, encontramos dispersas las líneas generales que al ser ensambladas configuran una ideología y, por tanto, una visión del mundo y de la sociedad dominicana. Este aspecto no debe ser considerado únicamente con la expresión aislada de las ideas de un hombre de amplia cultura, como lo fue Vega Batlle, sino, por el contrario y

principalmente, como la visión tributaria de una importante vertiente teórica que encabezan renombrados intelectuales, (4) cuyo ascendiente en el pensamiento dominicano del siglo XX es y ha sido decisivo en muchos aspectos para que podamos ignorarla o subestimarla sin riesgo de mutilar este análisis.

Nosotros no haremos aquí la narración del argumento del libro, ni relataremos la biografía del escritor con el propósito de relacionarla con su obra. Eso ya lo han realizado otros (5) y creemos que no tiene sentido abundar sobre el particular. Tampoco manejamos con precisión los instrumentos del análisis lingüístico y no podemos penetrar en ese campo sin incurrir en dislates. En consecuencia, vamos a concentrarnos en el análisis global de la ideología que subyace en *Anadel*, punto de vital trascendencia para la comprensión del libro.

Al iniciar la lectura de *Anadel* uno no puede dejar de evocar la teoría del buen salvaje de Rousseau. (6) En este sentido, la obra del autor de "El espejo ustorio" está enmarcada en el siglo XVIII, aunque la ambientación romántica de *Anadel* nos remita de inmediato al siglo XIX. Trigarthon Rymer, el héroe principal, habita en una choza, solitario pero feliz. No posee los refinamientos, las astucias, las debilidades de espíritu ni la proclividad al vicio de los hombres "civilizados". Su vida "primitiva" es una página impecable, escrita con el más legítimo tinte, y ella no contiene un solo borrón, una sola mancha que la afee. El contacto con los hedonistas de París, encabezados por el Profesor Croiset, le convierte en un ser marchito —desde el mismo momento de la pérdida de su donceller en brazos de Rosina—, en un individuo dislocado cuyos sentimientos inmarcesibles se truecan en mera confusión y agonía de espíritu, hasta desembocar en la demencia y el suicidio. (p. 298/301)

Las ideas de Rousseau contenidas en la obra (p. 14/16, 134, 215/216 y 239) aparecen reforzadas por las de Montesquieu, un ilustre coetáneo del autor del *Emilio*. En *El espíritu de las leyes*, Montesquieu deja sentadas las bases del *determinismo geográfico*, al considerar que el clima y otras condiciones ambientales de una región conforman ciertos tipos de conducta, mentalidades, religiones, sistemas políticos, etc.

En *Anadel* son frecuentes las alusiones a la influencia del clima en la psicología de nuestro pueblo: “Es bien sabido —se afirma en la página 97— que el eterno verdor de la Naturaleza en estos climas semitropicales, el cielo siempre azul, el color esmeralda del mar, la falta de cambios climatológicos definidos, propenden a un estado de contemplación y de ociosidad mental, rayanos casi en el éxtasis”. Así, y siguiendo una línea que engarza a la perfección con la de Montesquieu, se llega a la conclusión de que el clima templado, o aun mejor, el frío, es más propicio para el surgimiento de hombres trabajadores, disciplinados e inteligentes, mientras que el del trópico, caluroso y voluble, es padre de individuos haraganes que no tienen vocación de estudio ni poseen el talento necesario para superar su condición de subdesarrollados. El abogado Vergara considera que “la dejadez, el abandono, la renuncia, la inercia, la pereza física y la indolencia mental son males endémicos en esta región”. (p. 222)

Casi siempre es el abogado Vergara quien aventura definiciones operacionales y cuando lo hace incurre en graves errores de apreciación, o vierte sus prejuicios sin contemplaciones. “Son brutos y orgullosos estos campesinos —dice en la página 236—. Los campesinos son en extremo maliciosos y entienden muy poco de moral”. Se trata, claro está, de una visión de clase que acusa un profundo desprecio por los grupos subordinados de la sociedad. Vergara acuña el término *satiriasis contemplativa* para designar los males congénitos del pueblo dominicano. Sin reflexionar sobre las verdaderas causas de nuestros problemas de conducta social, el abogado acusa y denigra. Hay que decirlo, bien alto, que el subdesarrollo, cuyos orígenes se remontan a la época colonial, es hasta ahora la explicación más adecuada del atraso cultural, social y político de la República Dominicana. Mientras los hombres del campo y la ciudad vivan condenados a una vida de miseria y explotación, será difícil que superen su condición pasiva y dependiente; lo que equivale a decir: una vida de enajenación.

Volviendo a Rousseau y Montesquieu, es bueno recordar que sus teorías se originan en el período de auge de la burguesía francesa, en que los enciclopedistas hacían esfuerzos por

someter el pensamiento de la época a los cánones del racionalismo y querían ofrecer explicaciones sociopolíticas de la vida de los pueblos. Ambas concepciones han sido superadas por otras teorías que señalan que el hombre no necesariamente se contamina mediante el contacto con la civilización. De hecho es antidialéctico pensar que el desarrollo hace daño. El clima condiciona al hombre pero no puede determinar aspectos de la vida humana como la inteligencia, la capacidad de trabajo, la moral, porque lo geográfico no es más que una parte importante en el desenvolvimiento de las relaciones sociales. Que Vega Batlle siguiera éstas y otras teorías al escribir *Anadel* sólo viene a demostrar, una vez más, el desfase de nuestra novelística si se la compara con otras del continente, mucho más al día en términos de teorías sobre la sociedad.

Otra teoría importante consignada en *Anadel* es la que asegura que el hombre está básicamente dominado por los instintos. Los personajes actúan bajo el efecto de pasiones internas incontrolables que se generan en sus sistemas nervioso y reproductor. Mujeres y hombres —y se diría que más las primeras que los segundos— obedecen a impulsos irrepresables. Ni la cultura que poseen ni la elegancia de que hacen siempre ostentación impiden la floración de pasiones terribles: las escenas de celos del triángulo que forman Rosina, Vergara y Josefina; los actos sexuales de Trigarthon y Rosina; el erotismo contenido de las miradas de Madelaine Chanac y el Profesor Croiset; los roces sensuales y el deseo reprimido de Josefina y Leroy, etc. Hoy se sabe que la teoría de los instintos ha caído en el descrédito, porque el hombre —según lo consignan estudios de psicología sobre el punto— es un ser de muy pocos instintos que puede controlar, merced a otros factores como la cultura o el proceso de socialización, muchos de sus impulsos biológicos. (7) Creemos que a pesar de las frecuentes menciones de la influencia del instinto sobre la conducta humana (p; 19, 21, 101, 142, 178, 181, 205 y 207), los mismos personajes producidos por Vega Batlle se encargan de demostrarnos que no se trata más que de un término impropiaamente usado.

Los personajes de *Anadel* se debaten entre un erotismo

latente o manifiesto y la imposición de lo racional como dique de las pasiones. Prejuicios y tabúes en torno al sexo ayudan a una definición de lo erótico. Rosina, precisamente el tipo más "depravado" —según la conciben sus compañeros de aventuras— nos parece el que mejor expresa una sensualidad sin tapujos. En la obra se la presenta como a una ninfómana. Sin embargo, las conclusiones de una lectura atenta sólo muestran a una mujer de un líbido bastante potente; casquivana, eso sí, pero deseosa de divertirse un poco y disfrutar del falo de Trigarthon. Y todo ello es plausible en una mujer cosmopolita como ella, acostumbrada a las modalidades de la vida europea. Los otros viven escondiendo sus pasiones o se avergüenzan en secreto de ellas, aunque no pueden evitar la desazón que les causa el descubrirse similares, en cierto modo, a la mujer que tanto critican. Incluso el aparente amor platónico del Profesor Croiset y Mademoiselle Chanac está impregnado de erotismo y es torturante en extremo, dado el falso carácter retórico que posee. Uno tiene la impresión de asistir a una inacabable masturbación entre la solterona de Samaná y el solterón de París. Además, el aire de romanticismo pasado de moda de sus conversaciones es de una cursilería irritante. Posiblemente Vega Batlle quiso evitar que todos los personajes fueran pasto del erotismo y se las arregló para colocar en la obra a unos cuantos que no encuentran objeto sexual y deben permanecer en el mundo del hermetismo, como el médico Louis Desaix; o en el cinismo intelectual, como en el caso de Antoine Leroy. En conclusión, el sexo late en *Anadel* y Rosina es, en ese contexto, un símbolo sexual (p. 71 y sig. y 135). Pero también el sexo es fatalidad y anatema (Trigarthon) y frustración perpetua (Croiset y Chanac).

Una deformación histórica y antropológica grave la hallamos en la explicación de nuestros orígenes. Vergara no comprende el proceso histórico dominicano porque tiene concepciones anticientíficas, producto de su visión de clase. Supone que la mezcla de razas en tiempos de la colonia fue una "...inconcebible promiscuidad de tipos: taínos, africanos y españoles" (p. 55). A su juicio, la situación se hizo más grave con la presencia africana en Santo Domingo, por vía de Haití:

“Es una extraña mezcla —asegura el abogado—: cavernarismo celtibérico y primitivismo taíno y africano” (p. 56). Estas aseveraciones colocan al personaje, y por ende, a la obra, en la corriente recista del positivismo dominicano. (8)

Nadie sale tan mal parado que el negro en el conjunto étnico que formó la composición racial dominicana. El negro ha sido, tradicionalmente, un grupo preterido y maltratado en la realidad real lo mismo que en la realidad ficticia. Basta echar una ojeada a la más conocido de la literatura nacional para encontrar pruebas de ello. En *La Sangre*, de Tulio Cestero, por ejemplo, los negros aparecen denigrados; en *Baní o Engracia y Antoñita*, de Francisco Gregorio Billini, omitidos; en *Cosas Añejas*, de César Nicolás Penson, cruelmente caracterizados y vejados. El refranero popular es otra fuente de manifestaciones racistas. (9)

Por vía del prejuicio racial llegamos al antihaitianismo, claramente sugerido por Vergara en las páginas 55 y 56. El antihaitianismo ha encontrado propulsores desde los mismos inicios de la Independencia y su plena realización durante la Era de Trujillo. Para lograr la consolidación de su régimen, Trujillo apeló al concepto de *dominicanidad* como equivalente de *antihaitianismo*. En este sentido, el exponente más brillante de dicha tesis fue Manuel Arturo Peña Batlle. (10)

Ligada a este mismo criterio de la ideología dominante, está la tesis de la decadencia de Santo Domingo a causa de la emigración de las familias importantes a fines del siglo XVIII y principios del XIX. En la página 14 leemos: “Durante el primer cuarto del siglo XIX se produjo la invasión de los negros del país vecino. Inútilmente lucharon los nativos de origen español contra la fuerza arrolladora de los invasores. Agotado y miserable estaba el pueblo, y el hambre y el dolor se extendían por todo el territorio del país. Las familias principales lograron irse a otros pueblos del continente. La población se redujo al puñado de los que no pudieron escapar”. Muchos historiadores han convertido este hecho histórico —exagerándolo— en causa de la ruina de la colonia. Como se ha demostrado, estas migraciones no fueron graves desde el punto de vista demográfico ni de ningún

otro tipo. (11) Por otro lado, el sector que emigró, dado su carácter esclavista, en nada podía beneficiar el proceso de estructuración de la nación dominicana. (12)

Retornando al problema del cruce de razas, debe tenerse en cuenta que Thigarthon tiene la piel negra, pero sus finos rasgos faciales y el color azul de sus ojos delatan su ascendencia blanca. La extraña mezcla de salvaje primitivo y doncello bondadoso, tan ignorante como inteligente, busca plantear esa situación dubitativa del mulato dominicano. El aspecto mítico del libro es asunto que corresponde a otra esfera y que no vamos a tratar aquí. Ya Franklin Mises Burgos —como bien ha señalado Manuel Rueda— desarrolló en la *Elegía por la muerte de Tomás Sandoval* la relación hombre-naturaleza. El mar asume un rol también erótico en *Anadel*, esta vez con más violencia. El otro gran antecedente literario de la obra de Vega Batlle es *Yelidá*, el extraordinario poema de Tomás Hernández Franco, texto en el que halla su expresión el conflicto racial blanco/negro.

En un artículo sobre *Anadel*, Juan Tomás Tavares K. señala que la obra trata de la vida y la historia del pueblo dominicano, y concluye diciendo que hay una crítica directa a la injerencia imperialista norteamericana en la política interna de la República Dominicana. (13) Ambas afirmaciones, planteadas sin matices, podrían conducir a apreciaciones equivocadas sobre la novela. Porque si bien es cierto que en *Anadel* se procura delinear la historia de Samaná y del país, la perspectiva empleada responde a la cosmovisión de la clase dominante. Por ejemplo, las alusiones a la injerencia imperialista obviamente corresponden a las ideas de la burguesía preocupada por el control que Francia, Inglaterra y Estados Unidos han ejercido sobre los países de América Latina.

La generación de Vega Batlle estuvo muy influida por el pensamiento de Américo Lugo, quien encabezó un grupo de intelectuales que poseía razones más que suficientes para alimentar un antinorteamericanismo radical en el primer cuarto del siglo XX. La Ocupación Norteamericana de 1916 a 1924 dejó una cicatriz imborrable en esos intelectuales de principios

de siglo, pero no podríamos decir que esa actitud es igual al antimperialismo de los sectores populares en los años recientes. En el caso de la burguesía dominicana, se trata de una clase dirigente pisoteada por las botas: la élite amordazada, la minoría humillada. El antimperialismo de los sectores populares responde a una necesidad de liberación de los pueblos amenazados de muerte y es, al mismo tiempo que lucha contra el imperialismo, posición frontal a la clase dominante local. Por supuesto, esta diferenciación entre ambas situaciones no disminuiría el contenido antimperialista de *Anadel* si no se plantearan en ella, con reiterada insistencia, las maravillas culturales de aquello que se quiere atacar. Existe algo de incongruencia entre ese antimperialismo y la sobrevaloración de los personajes parisienes. Todos los extranjeros son superhéroes: seres de una perfección rayana en lo mítico. Sin embargo, hay un punto acertado en el artículo de Tavares K. Cuando habla de “personas criollas que se prestan para servir a los intereses imperiales a cambio de beneficios pecuniarios”, se refiere sin duda al abogado Vergara, intermediario nativo en la entrega del país a los grupos foráneos. Vergara asegura su ascensión social por medio de su colaboración total a los intereses imperialistas. El es un instrumento de traición.

Finalmente, queremos referirnos brevemente a otros puntos interesantes de *Anadel*. El propósito didáctico de la obra encuentra su eslabón más sólido en la teoría de la educación como vía para superar el subdesarrollo y alcanzar la estabilidad política. La falta de educación cívica —se lee en la página 127— es la causante de la inestabilidad política del país. Vega Batlle no es el único que piensa así. Pedro Henríquez Ureña, nuestro eminente erudito, opinaba lo mismo. (14) Este sentir, si bien no del todo incorrecto muestra una concepción elitista de la cultura al atribuir a las minorías intelectuales la mayor capacidad —cuando no la única— para dirigir el proceso de desarrollo político y cultural de la República Dominicana.

Es interesante la concepción que sobre la mujer tiene el escritor. De la página 99 copiamos esta descripción de Madelaine Chanac: “Era una rara mezcla de masculinidad con

rasgos femeninos muy salientes. Pensaba el profesor que aquella mujer hacía tiempo que venía realizando un esfuerzo excepcional para ocultar su feminidad... Pero...en el fondo, una mujer sensible, débil, expuesta a romperse en mil pedazos y caer vencida al menor choque violento y repentino de algo inusual que apareciera en su camino". En la página 123, el doctor Desaix exclama: "¡Ah! ¡Mujeres! ¡Mujeres! Siempre empeñadas en vencer al hombre! ¿Cuándo es que vais a comprender que solamente sois pequeños instrumentos de placer?" Sospechamos que estas frases sacadas al azar provocarían una andanada de proyectiles de las partidarias del feminismo, situación que hoy no tiene nada de sorprendente. Nos inclinamos a inferir que incluso las moderadas le reprocharían al autor estos criterios machistas de las relaciones hombre-mujer.

Por último, es notorio que Vega Batlle tardó años en escribir su obra, la cual pulió bastante y en la que insertó opiniones sobre el acontecer político dominicano. Habría sido preferible que no lo hubiera hecho, dejándola en el plano de evasión política en que permanece en más de un 95 por ciento. No se trata de condenar su intromisión en la política. Eso es completamente legítimo en ficción. Pero en el caso de *Anadel*, los juicios sobre acontecimientos se convierten en prejuicios, en arma de doble filo que sitúa al escritor en una posición difícil. Por ejemplo, en las páginas 184/185 descubrimos que era antiboschista pero desaprobó el Golpe de Estado de 1963. En las páginas 288/289 se hace eco de la propaganda imperialista para acusar de comunista a los constitucionalistas de Abril de 1965. En la página 295 afirma que este país carece de líderes. "¿No hay líderes políticos que conduzcan al pueblo? —preguntó Leroy. Hasta ahora no ha surgido ninguno. Al caer la Dictadura, los políticos que estaba en el destierro regresaron al país y formaron sus partidos, pero fueron tantos y su actuación fue tan pobre que aturdieron más la conciencia del pueblo".

La aprobación o desaprobación de estas concepciones depende en su totalidad de la ideología del lector, de su posición de clase. Nosotros rechazamos algunas de ellas por

considerar que se fundamentan en un conocimiento parcial e interesado. Pensamos, empero, que gozarían de la aceptación del público que las compartiera y esto lo decimos aunque resulte una perogrullada.

El lector que quiera pasar un rato entretenido con las relaciones de suculentos manjares de la cocina occidental, el interesado en la historia de la cultura y el estudioso de la gastrofía encontrarán en Vega Batlle a un escritor diestro que domina la temática básica de *Anadel*. El lector que busca aventuras y romances tampoco quedará defraudado pues también los hay aunque con ritmo más lento. Para el sociólogo, las ideas matrices del libro están a la mano y le brindan la oportunidad de emprender un interesante viaje, sustancioso y revelador.

NOTAS:

(1) Publicada por la Universidad Católica Madre y Maestra. Impresa en los Talleres Gráficos de Manuel Pareja Montaña, Barcelona, 1976, 301 p.

(2) Nació en Santiago de los Caballeros y murió en Santo Domingo. Se graduó de Licenciado en Derecho en la Universidad de Santo Domingo. Desempeñó varios cargos en la Judicatura y fue diplomático en distintos países del continente. En 1923 dirigió la Revista *Anarkos*, y en 1925 la revista *Hélices*. Manuel Rueda le considera, junto a Tomás Hernández Franco, como el iniciador de la corriente surrealista en el país. Vega Batlle dejó también inédita la novela *Los Imbeles*.

(3) Véase la página 43, donde Vega Batlle define ambos conceptos.

(4) Américo Lugo, Federico Henríquez y Carvajal, Manuel A. Peña Batlle, Joaquín Balaguer.

(5) Vid *Julio Vega Batlle incluyó dos novelas en Anadel*, por María del Carmen Prodocimi, *El Caribe*, 2 de octubre de 1976, Suplemento Sabatino, p. 4; y *Julio Vega Batlle y Anadel*, por Manuel Rueda, *El Caribe*, 3 de julio de 1976, Suplemento Sabatino, p. 4.

(6) Rousseau defendió el estado natural, colocándolo como antítesis de la civilización. "La humanidad era más feliz sin cultura, porque el hombre primitivo vivía instintivamente, libre de la estupidez de los brutos y la corrupción de la civilización. La propiedad y el amor civilizados eran desconocidos para él, así como sus consecuencias —explotación, usurpación, celos, adulterios y otros males de la sociedad moderna". J.P. Mayer, *Trayectoria del pensamiento político*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, 3ra. ed., p. 157. Cfr *El contrato social*, Madrid, Aguilar, 1973, y *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Aguilar, 1973.

(7) De acuerdo con Otto Klineberg, "...el término mismo de 'instinto' ha caído en desprestigio por denotar algo místico e intangible que no cabe dentro del campo de la ciencia. La única excepción importante se encuentra dentro de la obra de

Freud y de sus discípulos, quienes continuaron empleando el concepto de instinto como una explicación de la conducta. Sin embargo, aun entre los psicoanalistas, ha habido una reacción muy marcada contra la orientación biológica e "instintiva" de Freud". *Psicología social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 2da. reimpresión, p. 72.

(8) Al referirse a este aspecto del racismo en Santo Domingo, Roberto Cassá asegura, en un ensayo titulado *El racismo en la ideología de la clase dominante dominicana*, Revista Ciencia, UASD, Vol. III, No. 1, Enero-Marzo 1976, p. 67, lo siguiente: "Sobre el problema racial, parece que el largo antagonismo con España, la idea de la confederación antillana, y los efectos racistas del positivismo llevaron a considerar a algunos de los pensadores de entonces (principios del siglo XX, J. A. A.) que la hispanidad no era sinónimo de superioridad, sino por el contrario de inferioridad y decadencia y que la nación dominicana estaba constituida por "razas inferiores" que eran la "española", poco "blanca" y mezclada a los árabes (obviamente se confunde raza y nación— y la africana y la indígena".

(9) Véase el interesante ensayo de Walter Cordero, *El tema negro y la discriminación racial en la República Dominicana*, Revista Ciencia, UASD, Vol. II, No. 2, Enero/Marzo de 1975, p. 151 a 162.

(10) Vid Roberto Cassá, op. cit. p. 76 y 77.

(11) Cfr Roberto Cassá, *Historia social y económica de la República Dominicana*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1977, p. 193 y sig.

(12) Cassá, idem supra, p. 193/194.

(13) *Anadel: alegoría política*, Revista Ahora! No. 668, 30 de agosto de 1976, p. 34/37.

(14) Vid José Alcántara Almánzar, Prólogo a la obra *Ensayos* de Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, Editora Taller, 1976.